

# ¡ALTO! ¿QUIÉN VIVE? LOS BARCOS “Q”, SU “GRUPO PÁNICO” Y SUS ENSEÑANZAS

POR MARCELO C. TARAPOW

*“Esta guerra debe ser estudiada con creciente diligencia; el orgullo de dos pueblos para los que los asuntos navales son generalmente familiares ha aclarado todos los detalles y dejado en descubierto todos los episodios y en cada uno puede comprobarse la gran verdad, que el éxito llega sólo para quienes saben preparárselo.”*

Almirante Julien de la Graviere

En todas las guerras existen sobrados ejemplos de cómo se ha buscado, de manera directa, lograr atacar al enemigo desde una posición o de una forma inesperada. También notamos repetitivamente, tanto en los conflictos reales como en los “Juegos de Guerra”, que uno de los principales problemas ha residido en lograr una oportuna y correcta identificación de los contactos, inicialmente clasificados como “desconocidos”, para poder actuar en consecuencia, minimizando los daños colaterales.

Sun Tzu, Napoleón, Clausewitz, Jomini, Nimitz, Patton, Brown, entre otros, consideraron a la sorpresa o el engaño como uno de los principios de la guerra. Atacar a un cazador desprevenido fue una de las consignas fundamentales de los “barcos de servicios especiales”. Pero... ¿qué fueron e hicieron los buques “Q”?

En 1915, el accionar de la flota submarina alemana comenzó a mostrarse como una fuente incontenible de problemas para el sostén logístico inglés por los estragos que le ocasionaba a una cuasi indefensa flota mercante. Esto motivó que el Almirantazgo estudiase detalladamente cuál podría llegar a ser la mejor manera de enfrentar a esta nueva amenaza. Una de las formas experimentales fue la de alistar buques-trampa.

Eran los “Q”, buques mercantes especialmente seleccionados, adaptados y tripulados contra un enemigo particular, todavía de dudosa reputación pero con un indiscutible ascendente desarrollo: el submarino. Resumidamente podemos decir que las principales modificaciones practicadas fueron las de artillar el buque, mejorar su estanqueidad y aumentar su flotabilidad. Para ello se completaron las bodegas con maderas, se reforzaron mamparos, se subdividieron los compartimentos, asumiendo desde un comienzo que al menos un torpedo haría impacto sobre ellos. La artillería de los “Q” era disimulada tras cortinas, falsas embarcaciones menores o chapas rápidamente rebatibles. Se instalaron cañones de cuatro y tres pulgadas, cargas de profundidad y hasta tubos lanzatorpedos.

El criterio de selección de los “Q” incluía que tuvieran una silueta similar a los que surcaban los mares. A su vez, debían cumplir con una derrota coherente con su apariencia. Se debía evitar por todos los medios despertar la sospecha del escurrizado submarino. En pos de ello, las dotaciones eran instruidas y adiestradas casi hasta el agotamiento. Se las vestía tal cual lo hacían los marinos mercantes y debían mostrarse desaliñada, irrespetuosa, siendo un cuadro normal ver que un marinero salivara y se dirigiese displicentemente con los manos en los bolsillos luego de recibir una orden de algún oficial. Estas dotaciones eran más numerosas que la de aquellos barcos a los que pretendían imi-

*El Capitán de Corbeta Marcelo Cristián Tarapow egresó de la Escuela Naval Militar en 1986 como Guardiamarina del Cuerpo Comando de la Promoción 115. En 1988 realizó el Curso de Especialización en Artillería, en 1995 el Curso Aplicativo de Oficiales Navales, y en 2002 realizó el Curso de Estado Mayor en la Escuela de Guerra Naval. Prestó servicios en los siguientes buques de la Armada: transporte Canal Beagle, rompehielos Almirante Irizar, destructores Heroína, Hércules y La Argentina. Durante el 2004 se desempeñó como Jefe Departamento Cubierta del Buque Escuela Fragata Libertad. Actualmente ejerce el comando del buque multipropósito ARA Ciudad de Rosario.*



BOLETÍN DEL CENTRO NAVAL

Número 812

Septiembre/diciembre de 2005

Recibido: 21.2.2005

tar, por lo que también debían extremar los recaudos de no exponer a la vista de un atento periscopio un inusual número de hombres. Asimismo debían abandonarse las prácticas de arrancho características de la marina de guerra y hasta alterar la castrense forma de impartir las órdenes en cubierta.

Sin embargo, la característica más singular de los “Barcos Misterio” fue sin lugar a duda el accionar del denominado “Grupo Pánico” o “Panic Party”. Una secuencia habitual consistía en que cuando un buque mercante era atacado por un submarino rápidamente se abandonara la unidad en sus botes ya que los alemanes lo rematarían normalmente a cañón para ahorrar sus valiosos torpedos. Realmente eran valiosos por el escaso número que podían transportar –hasta diez por submarino– y por el propio costo que individualmente tenían.

El torpedo era utilizado para detener el avance del barco presa, ya que para esta época huelga recordar que estos submarinos desarrollaban mucha más velocidad en superficie que en inmersión. Dicho de otro modo, los mercantes sabían que la velocidad era una parte vital de sus defensas a confrontar con destreza sobre las limitaciones en cantidad y precisión de los torpedos alemanes.

En ciertas oportunidades y ante la imposibilidad de poder tomar sobrevivientes, partía del submarino una pequeña dotación para obtener pruebas que certificaran la identificación y el tonelaje de su presa para presentar posteriormente ante las autoridades y así lograr avalar el ataque recientemente concretado. Más tarde, terminaban de hundirlo mediante el empleo de bombas colocadas manualmente sobre el casco o sólo efectuando la apertura de las válvulas de casco. Este requerimiento de pruebas fue impuesto por las altas autoridades germanas ante el problema que ocurría cada vez que el comandante de un submarino se adjudicaba un hundimiento, recordando que honores, medallas, ascensos y otros premios se otorgaban en base al tonelaje echado a pique.

Los ingleses, percatados del hecho en cuestión, aprovechaban dicha oportunidad y vulnerabilidad para descubrir su artillería y con una reducida dotación de combate trataban de destruir a un desprevenido submarino.

Hasta principio del 1917 los alemanes eran excesivamente confiados, emergiendo regularmente para el remate, pero luego de las pérdidas en manos de los buques-trampa, sus movimientos fueron tornándose mucho más precavidos. A su vez, esto obligó a modificar las tácticas inglesas. Se transformó entonces en un juego de acciones y reacciones, de medidas, contramedidas y contracontramedidas.

Por ejemplo, muchos de los submarinos llevaron dos o tres hombres que antes de la guerra habían servido en la marina mercante británica que ayudarían en la identificación de los blancos y con su conocimiento de los puertos y rutas ingleses.

Algunos sobrevivientes de un U-BOTE atacado lograron revelar a sus camaradas las tácticas de los “Q”, por lo que perfeccionaron sus procedimientos y precauciones, cañoneando en primer lugar el puente de mando, reiterando el torpedeo, dejando de buscar comprobantes del ataque, explotando los supuestos arcos ciegos, etc.

A su vez los ingleses duplicaron los circuitos internos de comunicaciones, mejoraron los emplazamientos artilleros, incorporaron el tubo de vapor de auxilio, el que simulaba haber sido alcanzado en partes vitales de la planta propulsora, incendiaban adrede toneles conteniendo algas secas, emitían desesperados mensajes de auxilio.

Volvamos al “Grupo Pánico”. Este sufrido equipo debía crear el cuadro de estar produciéndose realmente el abandono del buque. Tenían que exteriorizar el temor propio del momento, desplazarse de manera desordenada, regresar al sector de alojamientos en búsqueda de un objeto olvidado, arriar la embarcación sin haber completado la totalidad de la dotación, arrojarse desesperadamente sobre ella mientras era arriada, inclusive algunos llegaron a tumbarla y finalmente, bogar de manera descoordinada.

Ante semejante tragicómico cortometraje, el comandante del submarino oteaba el horizonte en búsqueda de algún escolta que hubiera respondido un temprano pedido de au-

xilio, y sólo si consideraba que el área estaba despejada, ordenaba emerger para completar su tarea. Si esto sucedía, la actuación del “Grupo Pánico” había sido convincente y a partir de ese momento simulaban huir ante la posibilidad que ser apresados o ametrallados. Era este el último acto de su obra ya que en realidad estaban tratando de hacerse perseguir hacia un azimut y distancia previamente establecidos para conveniencia de los limitados alcances y sectores batientes de la artillería de a bordo.

Mientras tanto, en el “Q” que lentamente se hundía y escoraba por la vía de agua producida por el torpedo o cañoneo, nadie se movía; agazapados en sus puestos de combate esperaban la orden de su “capitán”, quien solía espiar los movimientos del submarino por medio de un artilugio óptico disfrazado en las tuberías de ventilación, próximo a la cocina de órdenes, actualizando los datos a sus jefes de pieza de manera tal que, al ordenar abrir el fuego, éstos lograran aprovechar al máximo la oportunidad antes que el submarino se sumergiera y escapara.

Si esto último acontecía, un nuevo torpedo no se haría esperar. Hundir un buque “Q” era una excelente y no menos deseada conquista. Aunque su desplazamiento casi carecía de valor, haberlo enviado al fondo del mar y regresar para contarlo aumentaba gigantescamente el heroísmo de estos marinos que no luchaban desde los poderosísimos cruceros o acorazados.

Reproducir algunos de sus duelos ayudará a comprender los aspectos distintivos de estos enfrentamientos. El más famoso de los “Q” fue el *Farnborough* (Q-5) comandado por el Capitán de Fragata Gordon Campbell recordado en las páginas de la historia por sus hazañas sin par y con dos submarinos hundidos en su haber, el U-68 y el U-83. Había sido convertido en buque de servicio especial en septiembre de 1915, desplazando cerca de 2.500 toneladas. Campbell también condujo los destinos del *Pargust* con el que destruyó al U-29 y con el *Dunraven* enfrentó al U-71 al mando del Teniente de Navío Reinhold Salzwedel el 8 de agosto de 1917 quien, para entonces, ya tenía conocimiento de las tácticas de los “Q”.

Navegando en superficie pero a gran distancia los artilleros del submarino acertaron con su cañón sobre el mercante, haciendo estallar una carga de profundidad y una de las santa-bárbaras, inutilizando prácticamente la estación popel y destruyendo uno de los montajes de 105 milímetros. Campbell simuló averías en sus máquinas soltando deliberadamente “vapor de engaño”, disminuyendo su velocidad para lograr reducir la distancia al submarino. Ordenó entrar en acción al “Grupo Pánico” e irradiar el habitual mensaje de socorro.

Pero para Salzwedel la normalidad de los sucesos lo hizo sospechar. Seguramente intuyó que algo estaba mal y se sumergió asumiendo que su blanco era uno de los buques-trampa. Mientras tanto, Campbell que permanecía expectante, con su buque ardiendo, da una novedosa orden, que un segundo “Grupo Pánico” abandonara el buque en el último bote.

La maniobra estaba siendo observada atentamente a través del periscopio. Esta vez sí habían abandonado completamente al “Q” y contemplaban su hundimiento. Como reaseguro, sale raudamente del submarino un torpedo que impacta y detiene al *Dunraven*.

Sin embargo, a bordo del buque-trampa la situación era bien distinta a la expectativa de los alemanes. El buque estaba prácticamente partido y aún se mantenía a flote merced a la madera abarrotada en sus bodegas. Una reducida dotación permanecía pacientemente apostada, esperando que el U-71 emergiese. Finalmente sucedió, Campbell ordenó lanzar sucesivamente sus dos torpedos, de los cuales el primero falló por poco sin ser detectado por los alemanes, mientras que el segundo fue esquivado gracias a una acertada maniobra evasiva conducida por su capitán. El combate terminó con el hundimiento del “Q” y el escape del submarino.

Trece fueron en total los submarinos hundidos por los buques “Q” y varios otros dañados. Curiosamente, ambas clases de naves protagonistas actuaron hasta el final de la guerra, el U-34 fue hundido por el *Privet* y el U-50 hizo lo propio con el acorazado inglés *Britannia*, episodios ocurridos en noviembre de 1918. Campbell se retiró con el grado de Vicealmirante, condecorado con la V.M.C (Victory Mystery Cross) y Salzwedel falleció a bordo del U-81 en diciembre de 1917 habiendo acumulado en su haber unas 150.000 toneladas de hierros yacientes en el lecho marino.

Muy por encima de la efectividad de los barcos-trampa –un número mayor de submarinos perecieron en manos de otras artes– se aprecia una serie de cambios, los que en definitiva concluyen con la aparición de un nuevo escenario en el mar. La escolta de los convoyes fue modificada, la existencia de los barcos “Q” fue difundida deliberadamente por los propios alemanes para su protección. La logística, como sucede en toda contienda, pasó a ser el motivo de mayor preocupación de los aliados y el blanco predilecto de los germanos. Estos últimos también eran conscientes de su propia posición de ahogo o sofocamiento en la que se encontraban y las severas restricciones que sufrirían con la pérdida del dominio de sus vías marítimas mercantiles.

Los esfuerzos económicos durante la Gran Guerra fueron afectados por el ataque en las rutas comerciales y en las proximidades a los puertos por el lado aliado y por el casi sitio obtenido sobre los alemanes. Nada hablamos hasta ahora de ejércitos, aviones, acorazados, tanques o trincheras. Los barcos “Q” no protegían a la flota y esta última sólo destinaba a la escolta de los cargueros un nunca suficiente número de navíos.

Al finalizar la Primera Guerra Mundial las flotas inglesas y alemanas estaban notablemente constituidas aún después de las bajas sufridas en Coronel, Malvinas y Jutlandia.

La cantidad de pertrechos, combustibles, alimentos y carga general que no llegó a destino fue inestimable y para algunos autores representó el equivalente a lo empeñado durante un año de dicho conflicto.

Los campos minados neutralizaron o hundieron más de cuarenta submarinos, las cargas de profundidad silenciaron a unos treinta y los submarinos ingleses a una veintena. No obstante esta estadística, los submarinistas alemanes se volvieron mucho más cautelosos a la hora de acercarse a un buque mercante. Ya no lo harían abiertamente en superficie y utilizarían más los torpedos que el cañón. Estos hechos afectaron tanto su efectividad como su permanencia en el área de operaciones al incrementarse el número de cargueros que se les escapaban o por tener que reaprovisionarse con mayor frecuencia.

No fueron los barcos “Q” los que permitieron ganar esta contienda mundial. Mucho menos fueron los submarinos alemanes los que la perdieron.

Entiendo que lo más interesante de este capítulo de la historia naval bélica estriba en reconocer cómo una táctica o un nuevo armamento o sistema de armas puede generar mucho más que una simple contramedida del mismo nivel.

¿La posibilidad que un indefenso barco mercante se convirtiese en un agresivo y peligroso cazasubmarinos fue uno de los motivos considerados por los alemanes para tomar la, tal vez, tardía decisión de la guerra irrestricta? ¿De haberse declarado ésta dos años antes se hubiera modificado el rumbo de la guerra? Entramos en el terreno fantasioso de las suposiciones y de las engañosas proyecciones probabilísticas.

La guerra es, por excelencia, una sucesión incalculable de decisiones tomadas mientras se está observando un mapa incompleto. Debe ser considerada como un fenómeno de evolución permanente. No es posible apreciar con precisión su desarrollo ni aún en el tablero más sofisticado. La inteligencia y la sorpresa son dos herramientas con plusvalía. Deben disminuir la incertidumbre propia y aumentar la contraria. Han sido y son de vital importancia. Deben explotarse paralela y simultáneamente en combinación estrecha con los planeamientos tácticos y estratégicos. Pueden ponderar infinitamente las capacidades mediante la explotación del desconcierto y de la imprevisibilidad.

Cuando nos sintamos satisfechos por haber logrado crear una nueva arma, táctica o estrategia que pareciera garantizar el éxito, cuando hallamos determinado cuál es el modo de acción seleccionado, no nos detengamos. Recordemos que es la recurrencia. Ha llegado el momento de ponerse a pensar en dos cosas más: cuál será la forma en que contrarrestarán nuestro “Caballo de Troya” y cómo haremos nosotros para evitar que lo contrarresten. ■

## Bibliografía

- *El Mar en la Gran Guerra*, Luis de la Sierra, Editorial Juventud, Barcelona, España, 1984.
- *Atrapando Submarinos*, Harold Auten -V.C.- Editorial BO-SI, Buenos Aires, Argentina, 1955.
- *Barcos Q...El arma secreta más extraña de la guerra*, Paul Ditzel, La Primera Guerra Mundial, Editorial Diana, Phil Hirsch, México, México 1965.